

## Las mujeres (no) de Guerín

Se acomodan en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona «Las mujeres que no conocemos», la instalación de José Luis Guerín que presentó en la Bienal de Venecia al tiempo que la Mostra de Cine proyectaba «En la ciudad de Sylvia», su correlato

E. R. M.

BARCELONA. La última película de José Luis Guerín, «En la ciudad de Sylvia», pasó de pantallas por las salas comerciales. Mientras se decide si eso es un síntoma o una enfermedad, el debate que se plantea es la pertinencia del cine expuesto en el Museo en vez de en la Sala. Y ayer, el cineasta agradeció al Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB) el interés que se había tomado en él y en su obra.

La instalación de «Las mujeres que no conocemos» en el Centro supone un paso, una nueva incorporación, con respecto a la que presentó en la pasada Bienal de Venecia. Tras la frase: «Nunca es lo mismo», José Luis Guerín se explicó con la claridad y brillantez que le caracteriza: se ha añadido la pieza «Nosotros, los otros», un «work in progress» que comenzó hace unos años y que «probablemente no terminará nunca». «Nosotros, los otros» son imágenes tomadas en diversos museos en las que se funde la pintura y la mirada, o rostros que ven los cuadros, integrándose de algún modo en ellos. Guerín lo describió algo así co-

mo «soñar la pintura desde el cine».

Puesto que tiene la esencia del «work in progress», este «film en 24 cuadros» que es «Las mujeres que no conocemos» se convierte en un trabajo incesante y que se va reha- biendo y renovando dependiendo del tiempo y del lugar. Guerín confesaba ayer que al acomodarse al espacio del CCCB su obra ha tomado un vuelo distinto que el de Venecia.

Tal y como dijo Jordi Balló, responsable de exposiciones del Centro, la obra de Guerín captura la imagen de la realidad y le añade un valor temporal (fotografía secuencial), y con la incorporación de «Nosotros, los otros», o sea de atrapar la mirada al cuadro, lo que le añade es la reflexión.

**Paradoja: nuevo y antiguo**

José Luis Guerín le dio otra vuelta al asunto. Primero habló de la paradoja que vivía: son los Centros de Arte Contemporáneo y las Nuevas Tecnologías los que le permiten ir hacia atrás. Una película muda, en blanco y negro y con la pantalla cuadrada (algunos de los ideales que persigue) no en-



Dos fotografías secuenciales de «Las mujeres que no conocemos»

### Cine o cineasta de Museo

Tal vez se pueda debatir sobre si el trabajo de José Luis Guerín se encuentra más cómodo en una sala de cine o en una sala de museo. De él no cabe dudarlo: es un tipo de museo. Sus maneras, sus reflexiones, su erudición y profundidad, su modo nítido de hacerse llegar a los demás... En forma y fondo, Guerín es el reverso de taquillas y palmotas. Su obra también está lejos, aunque no tanto: una vez fue levemente taquillero con «En construcción», y siempre brillante, sorprendente, como en «Tren de sombras», «Innisfree», «En la ciudad de Sylvia»...

contraría nunca su lugar en las salas comerciales, y en cambio sí en el Museo...

Y después, habló de ese extraño impulso o interés que le lleva a su idea del «cine esbozo». El espectador sabe ya tanto de lenguajes cinematográficos que es capaz de completar por sí mismo estos «hiatos» y hay que plantearse cuánto ha de darsele («ética y estética del esbozo») y cuánto dejarle que reinvente. Y en sus fotografías secuenciales se reflexiona sobre ese espacio entre fotogramas, todo ese misterio, esa película «que se fuga» y que cada espectador puede recomponer, inventar («la película en off»).

## El TNC invita a emprender un viaje onírico...

ABC BARCELONA. Nueva autora del proyecto 76. La riojana Eva Hibernia estrena el próximo viernes en la Sala Tallers del TNC su propuesta «Una mujer en transparencia».

En este texto que también dirige, Hibernia baraja varios géneros, desde la comedia al thriller, pasando por el drama. La autora invita al público a emprender un viaje a través del sueño, la realidad, el pasado y el presente de la mano de Clara (papel que interpreta Alicia González Lúa), una mujer de 33 años que a los 22 perdió a la per-



La actriz Alicia González Lúa da vida a Clara

sona que amaba, lo que le llevó a renunciar a su vocación de pianista y a decir que moriría a los 33 años.

La artifice de esta pieza que combina lo abstracto y lo onírico presenta una obra poética dividida en tres movimientos, el primero de ellos con una Clara que quiere morir, otra que no lo desea y un chico que se ofrece a

conciliar ambos deseos. La única manera de superar la promesa de muerte que Clara se autotompu es a través la herida que le separa de la vida y de sí misma, en un viaje en el que el chico acepta acompañarla. Cuando se encuentran en la «realidad» y a contrarreloj con la muerte, el amor se abre como una pregunta.

## Eugenia Tusquets hace una novela a propósito de «El cuadro perdido de Picasso»

EFE

BARCELONA. Eugenia Tusquets narra en la novela «El cuadro perdido de Picasso» la historia real de la aparición reciente de un cuadro del pintor malagueño, «Don Tancredo», que hasta entonces se daba por desaparecido. Aunque la autora ha cambiado las identidades de los protagonistas, la historia de base es real, aseguraba ayer en la presentación.

En 1992, una anticuaria compra en un mercadillo parisino un viejo cuadro sin firmar y tras muchas pesquisas piensa que podría tratarse del desaparecido «Don Tancredo» que Picasso pintó en 1901 para su primera exposición francesa. «El lienzo sería un homenaje de Picasso a su íntimo amigo

Casagamas, que poco antes se había suicidado». La autora sostiene que «Casagamas no se suicidó por un amor no correspondido de su amante, la modelo Germaine, sino que en realidad se mató porque estaba enamorado de Picasso».

Tusquets considera que «este cuadro es el eslabón perdido que faltaba entre el Picasso del realismo academicista y su período simbolista, la época azul, que se inaugura con «El entierro de Casagamas». «El cuadro perdido de Picasso» (Editorial Punambullista) se alimenta de la investigación llevada a cabo por Tusquets para aportar pruebas a la certificación de Maya Picasso, que tardó siete años en autenticarlo.